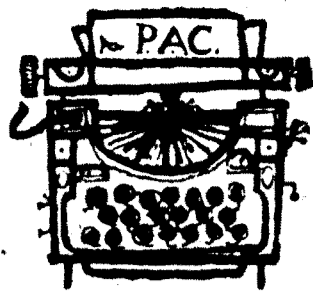


escrito a máquina MASCARAS

A mi amigo
el Dr.
Edmundo Mendieta.



Los elegantes caballeros barrocos del Toro-huaco, los bíblicos David, Goliat y su comparsa, la Muerte y su ronda, los viejos, los diablos, el Macho-ratón, las inditas. La calle central de Diriamba está llena, por cuadas, de conjuntos de danzantes. Al son del tambor y del pito, o al son de la marimba y las guitarras, los grupos bailan con ritual seriedad. La mayor parte de los danzantes llevan máscaras.

¡Contemplemos, junto con la multitud fascinada, esas máscaras! Ocultan rostros desconocidos, silenciosos. Promesantes. Sus gestos rítmicos, sus movimientos llenos de vida y personalidad contrastan con la impasible impersonalidad de la máscara. Hay algo mágico en este contraste: la fascinación de la doblez: la unión monstruosa de verdad —y— mentira, de realidad —y— apariencia, de sinceridad —e— ilusión. ¿No atrapa el insecto disfrazándose de apasionantes colores? Y la mariposa ¿Qué máscara para producir miedo dibuja con los grandes ojos negros de sus alas? ¿Y los despliegues de plumas de ciertos pájaros para atemorizar, como las pinturas en el rostro de los guerreros primitivos para infundir pavor? - Máscaras. “La femme que j'aime semble porter un masque certains jours” dice bellamente Georges Buraud. La mujer que amo aparenta llevar una máscara ciertos días.

Se me ocurre que en el principio fue la mueca. El hombre hizo gestos con el semblante para aparentar ser “otro”. Para sobreponer a su fisonomía, tal vez benévola, una expresión de cólera o de altanería que necesitaba para imponerse. O la impasividad para disimular el sentimiento. Luego vino la máscara. Algunos autores sugieren que la primera máscara la produjo la muerte. Ese prodigioso instante en que la muerte se apodera del rostro humano y devasta y purifica todas las expresiones accesorias y temporales de la fisonomía para dejar, únicamente, el rostro esencial, en su rigidez pura, en su solemne y profunda verdad definitiva. ¡La máscara de la muerte!

La máscara coloca sobre el rostro humano algo de esa rigidez hierática que parece coagular el tiempo. Hay en ella algo detenido, permanente, que rechaza la comunicación y reviste de las propiedades de lo impasible la frágil y cambiante cara del hombre. El niño instintivamente grita, con horror ante la máscara. El niño, que es el Tiempo en su más pura e ingenua vertiente, no resiste el semblante de la máscara donde el tiempo ha cesado.

En los danzantes de Diriamba el rostro que perdura predominantemente y casi obsesivamente en el rostro español de tez blanca y cabellos, cejas y bigotes dorados. ¿Qué significan estas máscaras? ¿Qué símbolo profundo trazan, año con año, cubriendo los rostros mestizos o indios con el semblante de la raza dominadora, mientras los cuerpos danzan los ancestrales ritmos de la raza dominada?

La máscara, se ha dicho, es un instrumento de metamorfosis. La inventó el hombre en el deseo de ser otro, o de robar a otro su rostro, es decir, su ser y sus esencias.

El enmascarado lleva el semblante ajeno porque quiere ser como el otro, ya sea porque lo admira o le teme o ya porque cree que de esta manera absorbe del otro los dones y energías que tiene por superiores. El enmascarado también puede llevar el semblante ajeno para esconderse detrás de él y poder así resguardar su yo. En este caso la máscara es un “camouflage”, un disimulo para sobrevivir. Pero el enmascarado puede también colocarse la máscara del otro como irreverencia y burla, para despojar al otro, por medio de la parodia, de su autoridad y de sus poderes. Sin embargo, “por muy profunda que sea la transformación operada en el ser humano por la máscara, el hombre nunca olvida que ese rostro superpuesto es artificial”, dice agudamente el citado Georges Buraud. Sabe que subsiste su rostro real debajo del rostro ideal o temido. Y entonces se establece un va-y-viene, un ritmo pendular de la realidad interior a la

ilusión; el polo de la sinceridad se desplaza sin cesar de uno a otro rostro y este movimiento rítmico y mágico es la danza. La máscara es siempre un instrumento de danza. Y en el caso de las máscaras de Diriamba la danza producida es el baile del mestizaje y de su dualidad.

En algunas danzas (como por ejemplo, creo yo, la del Toro-huaco) se advierte un hispanismo en el mestizo, es decir, una admiración por el rostro arquetípico de la máscara española que domina y hace suya toda la magia de la elegante danza. El enmascarado trata de absorber los dones y energías de una raza que tiene por superior. En cambio, en el baile-teatro del Güegüense la máscara española es usada para la sátira. El mestizo baila su burla de la raza dominadora. Lo mismo sucede en el baile del Viejo y de la Vieja, profundamente burlesca. Mientras en el baile de las inditas la máscara hispana parece un “camouflage”, una forma ingenua de ocultación del indeleble espíritu de la raza indígena.

Sin embargo, todos estos movimientos: de inferioridad, de superioridad, de acatamiento, de disimulo, de sátira, de burla, de rebeldía, producidos por los dos polos en juego que son la máscara y el rostro, no se excluyen sino que forman —con sus mutuas y simultáneas contradicciones— lo que he llamado LA DUALIDAD de nuestro mestizaje.

Dualidad no es, propiamente, la obvia mezcla de razas. Dualidad no es ser hijo de español y de india o vivir dos culturas, sino sufrir y manifestar en uno mismo sus contradicciones porque, en el proceso de mestizaje todavía no hemos llegado a una síntesis. La dualidad se pronuncia a la mitad del camino de la integración, cuando el ser mestizo no ha fusionado aún sino que es desgarrado por sus internas antítesis y contradicciones.

El nicaragüense todavía está en esa danza de su dualidad. Vive de extremos negativos. Es, al mismo tiempo un hispanista que niega o ve de menos al indígena, y un indigenista que rechaza o quiere arrancarse lo hispano. Es el rostro moreno que quiere ser como la máscara rubia y blanca, o es la máscara extranjerista que avasalla al rostro nativo. Pero ambos extremos en el mismo individuo. El mismo sujeto unas cosas las valora con la tabla de valores del dominador y otras con la tabla del dominado. Somos constante y contradictoriamente muy indios y muy españoles, muy medievales y muy modernos, muy mágicos y muy mecanizados, muy nicaragüenses y muy extranjerizados. Somos efervescentemente rebeldes y, de inmediato, fatalistamente sumisos. Nacionalistas extremos y al mismo tiempo abiertos, hasta el entreguismo, al extranjero. Somos indios repartiendo chicha, como dice sutilmente el refrán, es decir, rostros dominados sobre los que ponemos una artificiosa máscara dominadora.

Todo hombre tiende a usar máscaras. El espíritu imitativo —gemelo y antagonista del espíritu creador— nos lanza a imitar al que, a veces sin confesárnoslo, admiramos: al artista, al héroe, al santo, al rico, al bandido, al poderoso. El hombre está hecho de miles de imitaciones, de miles de máscaras: unas se pegan a la piel para siempre; otras caen como hojas secas a cada vuelta de la ilusión humana. Hay rostros anodinos, conformistas, adocenados, que se acomodan al tipo de la especie, al término medio. Y hay rostros llenos de personalidad, esculpidos por una arrolladora o exuberante vitalidad original. Lograr su propio inalienable semblante es lograr su propio destino. Cumplirse.

Lo mismo se dice de un pueblo. ¿Cuál es actualmente nuestro rostro y cuáles nuestras máscaras? ¿Estamos perdiendo la fisonomía, ruda pero original que cinceló nuestra dramática historia? ¿Seremos como el rostro acusado del gitano que cantó Lorca

“Viva moneda que nunca se volverá a repetir”,

o seremos moneda gastada por el conformismo y la sumisión, de rasgos cada vez más borrosos y perdidos?

¿Hacemos lo posible por lograr nuestra síntesis, por reconciliar nuestras contradicciones, por formar un pueblo sin complejos ni resentimientos, o nos desgarramos cada vez más en antítesis, viviendo una vida falsa, con dos morales contradictorias simultáneas, y teniendo que usar máscaras (dobletes) políticas para sobrevivir o para medrar?

¡Máscaras! ¡La Patria que yo amo aparenta llevar una máscara todos los días!

PABLO ANTONIO CUADRA